

nos sentimos tan sanos y bien hallados como cuando con buenas digestiones logramos asimilar á nosotros los alimentos, y hacerles entrar en el círculo de nuestra máquina nutriéndola así y vigorizándola.

Causa del apetito y del placer que siente el alma en la verdad y en su conocimiento.

4. Esto sucede al alma con los conocimientos: los falsos tienen cierto desorden; este desorden los hace incapaces de reducirse á unidad, y por consiguiente no puede asimilarlos á sí: los verdaderos solamente le prestan y la nutren porque se reducen á la unidad: á una unidad conforme á la naturaleza del alma misma: á una unidad conforme á la union que tienen entre sí los elementos de que ellos se componen, y á las relaciones que guardan. Porque los elementos de que se compone una verdad no la pueden constituir si no están combinados segun sus relaciones naturales, y en estando así combinados son exactamente conformes á aquella unidad que es natural al alma. $2+3=5$. Estas combinaciones vienen á formar la idea del número 5. Para ello se reducen las dos y las tres unidades á

un solo número. Este es conforme á la naturaleza del alma, que, sencilla y una, solo se alimenta de conocimientos que, aunque compuestos, se han reducido á uno de cualquier modo. Es tambien conforme á los elementos de que consta, como hemos visto, porque unidos componen un número ni mayor ni menor que $2+3$. Pues para discernir el alma entre los alimentos sanos y los nocivos, es decir, entre los conocimientos que le son útiles, que son los verdaderos; y los nocivos, que son los falsos: para asegurarse de la verdad de los unos y de la falsedad de los otros: para trabajar con acierto y gusto en aquella elaboracion por la que combina los elementos de sus conocimientos de arte que sean unos en sí y unos en ella, se halla dotada de cierta habilidad, cierta facultad, ó como quiera llamársela, que le hace asentir, disentir, combinar, componiendo, descomponiendo los elementos de sus conocimientos hasta darles en ella misma la colocacion que deben tener para ser uno con ella como lo son en sí. Asiente á la verdad, disiente del error: se complace en aquella, y lanza este de sí en fuerza de aquel atributo esencial de su naturaleza que es la habilidad que decia: así como siente ó

placer, ó dolor, con los buenos ó malos alimentos en fuerza de las impresiones que de ellos recibe por los órganos del olfato y el gusto. Y con las verdades se nutre y robustece, y en estas medras que conoce en sí misma siente placer, no por efecto de ninguna cualidad oculta ó de una simpatía mágica: no por la contemplacion de la suma verdad, ni por la comparacion con ella de estas verdades particulares, sino por una propiedad de la sensibilidad del alma aplicada á sus conocimientos. Esta es, señores, en mi juicio la causa del placer que sentimos en la verdad, y del apetito con que la buscamos y trabajamos por encontrarla.

Causa del placer que excita en el alma lo bello.

5. Reducir el alma los conocimientos que adquiere á la unidad: unidad que encuentra en la verdad solamente, es, como hemos visto, asimilándolos á sí misma, alimentarse de ellos; y de aquí le resulta el placer que siente cuando se ocupa en adquirirlos y digerirlos, digámoslo así, separando los verdaderos de los falsos, nutriéndose de aquellos cuando asiente á ellos, y expeliendo de sí los falsos por el disenso. Por que es una, sim-

ple, sencilla, ama y se complace en la verdad que es una como ella: porque es un ser armónico, se complace y gusta de lo bello, que lo es por ser armonía ú orden armonioso. Dividimos lo bello en dos clases: bello artificial que lo es por su conformidad con algun objeto de la naturaleza, y bello natural que lo es por sí mismo. A la primera clase redujimos todas las bellezas que producen las artes de imitacion, como bellas estatuas, bellas pinturas, bellas descripciones. Lo que es bello por sí mismo lo es por el orden y proporcion de sus partes, que todas conspiran á formar un solo todo, ó todas se encaminan á un solo fin. Todas estas bellezas, para serlo, vienen en cierto modo á reducirse á unidad, como es visto: que por eso dijo san Agustin que la unidad es la forma y el constitutivo de toda belleza: y el legislador del buen gusto puso esta regla fundamental en su arte: que para ser una cosa bella debia ser una.

Denique sit quodvis simplex dumtaxat et unum.

Cuando el alma percibe un objeto compuesto de partes, como lo son todos los objetos corpóreos, se aplica á asimilarlo á sí misma reduciéndolo á la unidad, ó haciéndolo simple como ella lo es. Consigue esto reduciendo muchas sensaciones

en una idea: muchas ideas en un juicio; muchos juicios en un discurso, y en estos casos la unidad á que se reducen las sensaciones, las ideas y los juicios resulta de la identidad de las sensaciones todas juntas con la idea en que se reúnen, de la identidad de las ideas que componen el juicio, de la identidad de los juicios de que se compone el discurso. La idea del triángulo es idéntica con las sensaciones de los tres lados y de los tres ángulos que hemos reunido para formarla: la idea del atributo en esta proposición *el hombre es animal racional*: es idéntica con la del sujeto. *Luego Pedro es racional*: es un juicio idéntico ó que está contenido en estos dos: *todo hombre es racional*, y *Pedro es hombre*. Mas cuando el alma contempla muchos objetos, ó muchas partes de un objeto cada una de por sí, no los reduce á una unidad tan exacta como la que hace con muchas sensaciones, ideas y juicios; solamente les da la unidad que resulta de la proporción y orden con que están colocados unos objetos con respecto á otros, ó las unas partes del objeto respecto á las demas. Si sus partes están dislocadas, si no son proporcionadas las unas á las otras, ó si los objetos no guardan orden entre sí, le es imposible al alma reducirlos á unidad, y esto la inco-

moda y disgusta: mas si las partes son proporcionadas, si están colocadas con orden, fácilmente las reduce todas á uno, y esta facilidad con que las reduce le place, y al uno á que las ha reducido lo llama bello. Entonces copia en cierta manera en sí misma aquel objeto ú aquellos objetos reduciéndolos á cierta unidad por la proporción y orden con que están colocados, ó combinados. El tipo de este orden existe en ella misma, y aunque no lo puede conocer sino en los objetos, no lo conocería en los objetos si en sí misma no lo tuviese. No es este ni el otro orden particular el que existe en el alma, sino un orden propio de ella, que, como no conocemos, no podemos explicar en qué consiste: pero que, comparando con él los objetos cuyas partes observan orden, y las infinitas combinaciones que pueden tener entre sí las partes de los objetos sin guardar orden, distingue aquellos de estas, y aquellos le aplacen porque hacen unidad, y estas le desagradan porque no pueden reducirse á uno. Pongamos el ejemplo de Horacio. Un monstruo compuesto de cabeza humana, cuello de caballo, cuerpo cubierto de plumas, y con alas y cola de pez, *Ut nec pes, nec caput uni reddatur forma*. Aquí encuentra el alma partes que,

aunque unidas unas á otras, no guardan proporcion entre sí, ni están colocadas con orden; y así no le es posible concebir que compongan un todo, ó no acierta á concebir el todo que componen: no puede reducirlas á unidad ninguna. Por el contrario, una frente serena y espaciosa, y bajo de ella unos ojos vivos, animados y grandes, y en medio una nariz pulida, á que sirve como de asiento una boca rasgada en proporcion, acompañado todo por ambos lados de mejillas sonroseadas, y acabado en una barba ni hundida ni prominente, enlazadas todas estas partes unas á otras por medio de curvas suaves sin ningun ángulo, y todo matizado de nieve y rosas, le ofrecen un semblante que llama bello, por el orden, y proporcion y simetría, y buen colorido de todas sus partes. Para juzgar de este orden, para examinar esta belleza no necesita poseer en sí misma el arquetipo ú original de la belleza del rostro humano, porque, si así fuese, debería por igual razon poseer arquetipos de todas las bellezas criadas y posibles: no ha menester ir comparando cada una de las partes del semblante con modelos de la perfeccion de cada una de ellas, porque estos aun no los ha conocido, sino solamente comparar unas

partes con otras, y de la proporcion que guardan entre sí colegir su aptitud para formar el todo, y del orden con que están colocadas inferir que forman todas un todo bello y perfecto. Una vihuela ó guitarra ya templada exactamente de modo que cada una de sus cuerdas da el sonido que le corresponde, y heridas dos dan una tercera exacta ó una quinta, y cuando se les hace sonar á todas las cuerdas producen sonidos proporcionados y combinados con tal arte que la serie de ellos forma armonía, sirve para templar otras vihuelas, y las templamos aflojando ó estirando las cuerdas de estas hasta que cada una de ellas vaya dando un sonido igual al que da la cuerda de la primera que le corresponde. Pues si esta no estuviese templada, ¿como se templarian otras arreglándose á ella? Así, aunque de distinta manera, porque todo esto es material y compuesto y el alma es una, simple, espiritual: así no podria ella sentir, ni conocer el orden y armonía en los objetos visibles, si no fuera ella orden y armonía. Ampliemos mas este ejemplo para facilitar la inteligencia de cosa tan oscura. Este mismo instrumento bien templado solo da las voces de que se forma la escala música, que son bien pocas. Y no llegando á veinte con los bemoles y

ostenidos, ¿no es cierto que con ellas solas se pueden tocar infinitas sonatas todas armoniosas, que en tanto lo son, en cuanto aquellas cuerdas bien templadas guardan en sus sonidos las proporciones debidas? Pues si tan pocas cuerdas en un instrumento bien templado, sin dar mas que muy pocos sonidos, son capaces de producir tantas y tan dulcísimas armonías, ¿por qué no podrá el alma sentir las todas aun siendo una, y no solo las que pertenecen al oído sino las que resultan de la combinacion de los demas objetos, ó de sus partes con que forman bellezas de clases muy distintas? Pero así como aquellas cuerdas no producirían sonatas armoniosas, si no estuviesen templadas de modo que los sonidos primitivos y elementales guardasen entre sí proporciones armónicas: así el alma no podría sentir esas bellezas que le trasmite el oído, ni las demas que siente, si en sí no tuviera ó no fuera ella cierta armonía, cierto orden, ó cierta propiedad y disposicion que la hace estar y ser unísona con todo lo ordenado, lo bien proporcionado y lo bello, y disonante con respecto á todo lo que es desorden, desproporcion y fealdad. No quiero yo decir, señores, que haya nada de innato en el alma; que allí estén de

antemano marcadas las proporciones que constituyen bello cualquiera de los órdenes de arquitectura: quiero solo dar á entender que el alma es un ser, que por su misma naturaleza es *orden*, sin dejar de ser simple, aunque el orden en las cosas corporales importe buena proporcion y arreglada colocacion de partes. Dios es orden, sin dejar de ser simplicísimo: todo lo que Dios conoce está ordenado en su Verbo, y repugna á su sabiduría concebir cosas desordenadas. Las hay, es verdad; pero en el entendimiento divino guardan todas un orden admirable perfectísimo. El alma, como que no es infinita, ve y conoce órdenes y desórdenes sin poder comprender muchas veces el orden de los desórdenes del universo: pero el orden, la belleza le place y el desorden le disgusta, porque halla en aquel como una emanacion, una semejanza de sí misma, y á este lo siente contrario y repugnante á su naturaleza. Si me preguntais por qué lo bello es conforme, y lo desordenado y feo es contrario á la naturaleza del alma, solo os podré decir que es porque el alma es el centro del orden, el original de toda belleza sin parecerse á alguna: es substancia armónica, en una palabra. Y como para asemejarse la belle-

za corporal á la espiritual del alma es necesario que aquella tome cierta unidad, sucede que, siendo proporcionadas las partes que la constituyen, y hallándose colocadas en conveniente orden para formar un todo perfecto, le es muy fácil al alma copiarla ó trasladarla dentro de sí misma convirtiéndola en su misma belleza, sin por eso desfigurarla. Mas, por el contrario, cuando no hay proporcion ni orden, le es imposible reducir las partes ó los objetos á unidad ordenada y armónica como lo es ella misma. Suavísimos y muy deliciosos son los placeres que produce lo bello, y aun mas dulces que los que excita la verdad; á la manera que los placeres del oído y la vista son mas preciosos que los del olfato y el gusto: aquellos son mas varios y mas compuestos: estos menos y mas sencillos.

Causa del placer que produce en el alma la virtud.

6. Réstanos hablar de la causa del placer que siente el alma en la virtud, y explicar por qué lo siente: para hacerlo con claridad debemos suponer que la virtud, ó tiene por objeto á sí mismo, ó á los demas hombres, ó á Dios. Debemos recordar tambien que toda virtud se reduce al amor: porque

en verdad todas las virtudes cuyo objeto es el mismo individuo que las practica nacen del amor de sí mismo, y este amor las dirige, y es el centro y el fin de todas ellas: que si somos prudentes y templados y fuertes lo somos para obrar con tino y provecho, para conservarnos sanos en el alma y en el cuerpo, y para sobreponernos á los males necesarios, y sufrir á menos trabajo las adversidades inseparables de esta vida. Aspiramos á la practica de estas virtudes porque nos amamos, y sabemos que su práctica nos hace dichosos y nos preserva de desdichas innumerables. Asimismo la justicia y la beneficencia, virtudes que tienen por objeto á los demas hombres, si bien en su origen, como dejo explicado, se practican tambien por amor á nosotros mismos en vista de los bienes y ventajas que reportamos de su ejercicio; mas cuando se extienden por esfera mas dilatada comprendiendo á todos los individuos que componen la sociedad en que vivimos, entonces por amor á los hombres se practican, y este es el amor de la patria. Finalmente las virtudes que tienen á Dios por objeto, aunque al principio se puedan derivar de otro origen: cuando ya son perfectas todas son amor ó se reducen á él.

Si nos consultamos á nosotros mismos entrando en el fondo de nuestro corazón, conoceremos 1.º que hay en el alma una inclinacion á conservarse y á perfeccionarse mejorando de estado, y por consiguiente á adquirir cuanto juzgamos ser conveniente para este doble objeto. 2.º Hay tambien en ella otra inclinacion á amar á los demas hombres. Si nos hacen daño, ó tememos que nos lo hagan, se extingue esta inclinacion y los aborrecemos. Si no nos hacen ni bien ni mal, ni esperamos que nos lo hagan, los miramos con indiferencia. Pero si nos hacen bien ó esperamos que nos lo hagan, entonces se despierta esta inclinacion. Mas, aunque es cierto que á unos hombres miramos con indiferencia, á otros con odio, á otros con amor, siempre nos interesa la causa de la especie humana en cualesquiera de sus individuos: nos compadecemos de los males de todo hombre, y tomamos parte en sus dichas si nuestro corazón no se halla corrompido con viles pasiones. Por último hay en el alma una tercera inclinacion á amar á su autor, si bien extinguida por el pecado: empero, el alma en que está reparado el desorden de la culpa, vuelve á sentir aquel amor á su autor que le es propio y como natural.

La virtud no es mas que la debida y justa direccion de estas tres inclinaciones del alma, y así todas las virtudes son, como me parece que os dije otra vez, el orden del amor. El amor de nosotros mismos debe subordinarse al amor de la patria. El amor de la patria al amor de Dios. El amor de la patria es el centro de todos los amores sociales. El amor de Dios el centro de todos los amores humanos. Todos los amores sociales, el amor á los padres, á la esposa, á los hijos, deben dirigirse al amor de la patria, deben subordinarse á él. Todos los amores de que es capaz el corazón humano, el amor de sí mismos, el de nuestros semejantes, deben dirigirse y subordinarse al de Dios para ser y estar ordenados.

Las reglas que debemos seguir, las leyes á que debemos obedecer, ajustando á ellas nuestras acciones, son las que nivelan y atemperan nuestros amores, de modo que haya entre ellos el debido equilibrio, en el que consiste el orden social ó espiritual. Cuando las seguimos, amamos en orden: cuando de ellas nos separamos, amamos desordenadamente. Toda virtud y todo vicio es amor: si ordenado, virtud: vicio, cuando es desordenado. Y si aborrecemos es porque amamos, como sucede

al amante celoso: y la justicia misma no es mas que el amor, que da á cada uno lo que le es debido, y si parece que odia al que castiga, lo castiga, ó porque lo ama, ó por el bien que debe resultar del castigo al ciudadano perjudicado, ó á la patria ofendida por el delito del criminal, y entonces así obra por amor al ciudadano ó á la patria para desagraviarla.

Adelantemos un paso mas. ¿A qué se encamina, á qué se dirige el amor? Nuestro amor, como es claro, tiene un objeto. Cuando amamos un objeto, ¿qué intentamos amándolo? ¿qué buscamos para nosotros? ¿qué buscamos para el objeto de nuestro amor? Le queremos algun bien, le deseamos y solicitamos algun bien; y este bien ó lo tenemos nosotros, ó lo adquirimos para dárselo á él. Pero esto es ya un efecto del amor. Pues ¿qué es el amor? Es una inclinacion del amante al amado, ó de dos que se aman recíprocamente á acercarse uno á otro, á unirse uno á otro, á ser una misma cosa los dos. Todo lo que yo tengo, todo lo quiero trasladar y poner en mi amado. Todo lo que tiene mi amado, todo lo quiero traer y poner en mí: quiero estar donde está mi amado, y que él no se separe de mí: quiero vivir para él y en él, y que él

viva para mí y en mí. Es la union el fin del amor, es su esencia, su centro, en el que descansa solamente y se satisface esta inclinacion. Y por eso al ejercer algun acto que la aproxima al objeto de su amor, ó al ver en este objeto alguna accion por la que se aproxima al alma que ama el objeto amado; siente el alma un placer tanto mas vivo cuanto es mas fuerte el impulso de ella, del objeto ó de ambos á dos, no diré por aproximarse, sino por unirse lo mas íntimamente que pueda ser.

Pero hay esta diferencia del amor ordenado al desordenado, que amando en orden, ni dejamos de amar á unos por amar á otros, ni dejamos de ser amados: antes somos amados mas intensamente por todos aquellos que deseamos nos amen. Mas cuando el amor es desordenado, por amar á uno dejamos de amar á otros á quienes queríamos amar: y si aquel que amamos desórdenadamente nos corresponde amándonos fuera de orden, á vueltas de la satisfaccion parcial que halla el alma en esta correspondencia, suspira y se queja, y le duele la aversion y desvío con que por aquella inclinacion desarreglada la miran otros, á quienes quisiera ella tener por suyos, ó que tam-

bien la amaran. Y hé aquí la causa de la diferencia que hay entre el placer de la virtud y el del vicio: aquel es puro y todo placer: este es impuro, porque va mezclado siempre de un sinsabor, de una pena, de un remordimiento mas ó menos cruel. Y el placer de la virtud es por tanto el mayor y mejor placer. El placer de la verdad es sólido, pero árido: el de lo bello es ameno, pero superficial: el de la virtud es profundo y dulcísimo, y tranquilo sin mezcla de dolor.

Finalmente, cada accion virtuosa tiene su tiempo, tiene su lugar, y no todas las virtudes son para todos los tiempos, ni para todos los lugares, ni deben practicarse por toda clase de personas. La oportunidad, la conveniencia de la accion virtuosa con las circunstancias que la rodean y acompañan constituyen el *decorum* de la virtud, que explica Tulio en el primer libro de sus oficios. Por eso en cada accion virtuosa debe considerarse un orden que resulta de la armonía de las relaciones que guardan entre sí las circunstancias todas de cada accion, lugar, tiempo, personas, &c. El orden del amor es el constitutivo de la virtud considerada en abstracto ó en general: el orden y armonía de la accion virtuosa con las cir-

cunstancias que la acompañan es el constitutivo de la virtud considerada en concreto ó en cada uno de los actos virtuosos. Aquel orden es la virtud: este el bello de la virtud. La virtud en sí misma complace, porque pone en orden nuestros amores: pero la accion virtuosa, revestida del decoro que le corresponde, aplice mas, porque combina y atempera un orden á otro y forma de los dos un bello sin igual. Todo esto exigiria mas explicaciones y algunos ejemplos para su ilustracion, si no hablase con vosotros para quienes, aun caminando de prisa, temo haber parecido pesado.

Tal es para mí nuestra alma y tal debe ser la imágen mas perfecta de la Divinidad entre las criaturas. Simple, sencilla, una: armonía, orden, belleza: amor que aspira á una perfecta union. Porque es una, le place la unidad de sus conocimientos que se reducen á uno por la verdad; y por eso le place la verdad que los reune y los liga en unidad. Porque es orden y armonía, le place la belleza que consiste en el orden que reduce á uno ó todas las partes de un objeto ó muchos objetos distintos. Porque es amor, le place la virtud por la que consigue reunirse á quien se puede reunir por amor á

otros espíritus como ella que la pueden amar. Porque es una, desea y trabaja para convertir en sí misma del modo posible todos los objetos visibles y materiales. Por ser armonía, tiende á colocar estos objetos en sí misma en el orden que les corresponde y de que son capaces. Por estos dos atributos esenciales suyos reúne el alma dentro de sí y asimila á sí misma al universo visible: mas por el amor sale, digámoslo así, de sí misma buscando á sus semejantes, espíritus como ella, para acercarse á ellos y unirse con ellos: á su autor que es su centro natural y todo su bien. Así el alma es como el vínculo de todo el universo: ella reconcentra en sí misma por la verdad y el orden todo el universo visible, y ella se reconcentra y se une con todo el universo invisible, con todos los espíritus y con su Criador. No es esto lo que consigue perfectamente: pero á esto aspira, por conseguirlo trabaja, á esto se dirigen sus facultades, sus deseos, y todo su ser, y así por ella todo en el universo viene á dar en un centro de union. Y como su ser es sencillo, lo es tambien su armonía y su amor, porque su armonía es una, y su amor es union. Y aun si mirais bien, hallareis cada una de estas propiedades del alma en las otras:

unidad en la verdad: unidad en el orden: unidad en el amor. Orden en la verdad: orden en la belleza: orden en el amor. Amor á la unidad: amor al orden: amor á la virtud, ó placer natural en la verdad que es una, en el orden que es bello, en la virtud que es un orden de amor.

Así acabó el anciano su plática esta tarde cansado y conmovido, como lo manifestaba en su voz, y al acabar, fijos en el cielo los ojos y puestas las manos sobre los hombros de sus amigos que le acompañaban sentados á uno y otro lado, permaneció como arrobado por algunos minutos, y á ellos y á él se le rodaban por las mejillas lágrimas serenas como la mansa corriente del rio Trujala; y á mí tambien el tierno ejemplo de ellos y lo poco que habia entendido de lo que decian, me enterneció de un modo que jamas he podido olvidar.

EXTRACTO IX.

Es cosa que no puedo llevar en paciencia, señores, la seguridad atrevida con que muchos discípulos de Locke, de Condillac y Bonet llaman visionario á todo metafísico que quiere adelantar mas allá de lo que aquellos dejaron demostrado acerca del origen de nuestras ideas y sentimientos. Es cierto, al menos á mí no me queda duda, que son los sentidos las puertas del alma; que los nervios, que desde ellos pasan hasta el cerebro, son los mensajeros que llevan á esta desde aquellos las noticias de los objetos externos, quiero decir, los que con sus movimientos avisan al alma de la presencia del objeto: que el alma en virtud de este aviso siente, percibe, combina, forma imágenes de

aquellos objetos, y luego compara, discurre y reflexiona, y compone y descompone, ó analiza, como ya vimos; reduciéndose todas sus operaciones intelectuales á la atención y reflexión, y pudiendo decirse que todo el caudal que posee chico ó grande de conocimientos lo ha adquirido atendiendo y reflexionando.

Existen espíritus criados de distintas especies que las almas humanas.

1. Pero os pregunto ahora: ¿están solas nuestras almas en el universo con estos objetos materiales que nos rodean y que mueven nuestros sentidos? ¿No hay en la naturaleza mas seres que el hombre y la materia? Nuestra alma, que se eleva sobre todo el mundo visible, que lo abraza y comprende, y se siente superior al cielo y á la tierra, ¿no tiene otros socios ó compañeros de su categoría? ¿Racionales tambien como ella lo es? ¿Está reducida la creacion á lo que abrazan las pupilas de nuestros ojos, ó á lo que alcanzan los rayos de la luz? ¿Deberemos obstinarnos en reputar como mero ente de razon, obra solamente de nuestra fantasía, todo ser, que quiera suponer yo como posible, solo porque no está com-

prendido en el árbol predicamental de los neumatólogos experimentales puros? Tén-ganlo ellos por delirios de una imagina-cion atrevida, mientras yo califico de tí-midas las suyas; pero déjenme suponer primero y probar despues, como haré, que hay efectivamente espíritus ó sustan-cias racionales superiores al alma humana. Espíritus, ó que subsisten en sí sin estar unidos á ninguna materia, ó que si estan unidos á alguna máquina material seme-jante á la de nuestro cuerpo, es máquina muy ligera y sutil, muy pura y muy fir-me, sin peligro de lesion ni quebranto, sin riesgo de corrupcion ni disolucion, co-mo pensaron muchos aun de los Padres de la Iglesia.

Estos espíritus pueden obrar sobre nuestras almas.

2. Estos espíritus ó estas sustancias sin duda alguna pueden tener alguna co-municacion con nuestra alma. Porque, si vuestras almas pueden tener comunica-cion con la mia, y esta con las vuestras, á pesar de estar unas y otras encerradas en estas máquinas tan materiales y grose-ras: si para establecer este comercio reci-proco de los hombres unos con otros ha sido necesaria la admirable invencion y el

estudio del idioma; y que el que habla reduzca á palabras sus ideas y sus pensa-mientos, y el que oye reduzca las voces que escucha á ideas, y que se cerciore de que esa palabra que oye es en el que la pronuncia signo de la misma idea que él concibe al oirla: mucho menos es neces-a-rio para que se comuniquen con nuestra alma los espíritus de que hablamos, los cuales pueden obrar sobre ella mas in-mediatamente que obran mis voces en vuestras almas. La experiencia nos hace ver que las variaciones de la atmósfera, de la sangre y de los humores del cuer-po humano influyen en la máquina del cerebro, y pueden excitar de ese modo y apagar ideas y sentimientos: pues ¿cuán-to mas bien lo podrán hacer unas sustan-cias mas capaces de insinuarse por su su-tileza mucho mayor que la de la atmósfe-ra, dotadas de una agilidad inconcebible, y de las facultades necesarias para obrar sobre aquel sistema?

Ni nosotros podemos obrar sobre ellos, ni ellos sobre el alma inmediatamente.

3. Es verdad que si estas sustancias pueden obrar sobre nosotros, nosotros no podemos obrar en ellas. No hay comercio

recíproco de nosotros á ellas. No sentimos que estos espíritus obren sobre nuestras almas, ni podemos explicar cómo obran. Podemos, sí, estar ciertos de que no obran por sí mismos sobre nuestros sentidos, ni tampoco sobre el alma inmediatamente, como sentimos que obra nuestro cuerpo. No obran sobre nuestros sentidos, porque estos solo están organizados para recibir impresiones de los objetos que rodean nuestros cuerpos, y aun muchos de ellos se escapan á nuestras almas por no poder causar sobre los sentidos impresiones fuertes á causa de su extraordinaria sutileza. Por otra parte, si obrasen en la sustancia misma del alma, sentiríamos en su accion una causa distinta de nuestros órganos, la cual, obrando de distinto modo que ellos, produciria en nosotros efectos distintos de los que estos producen. Si estos espíritus obrasen en el alma, inmediatamente el alma distinguiría por tanto con toda claridad su accion de la de sus órganos. Pues que siendo estos tan semejantes unos á otros, nunca le sucede confundir la accion de los nervios que corresponden al sentido de la vista, con la de los que corresponden al del oido, ¿cómo confundiría la accion de sus órganos con la de otros espíritus sobre ella,

siendo estos mas diferentes de los órganos corpóreos, que lo son estos unos de otros? Además de que, admitiendo accion inmediata de los espíritus sobre el alma, era consiguiente admitir dos economías distintas, una para entenderse el alma con los objetos externos, y otra para comunicarse con los espíritus: de la que ni aun tenemos idea.

Pueden obrar sobre el cerebro y los nervios.

4. Quede pues sentado que, mientras están nuestras almas unidas á estos cuerpos, ninguna comunicacion inmediata tienen con aquellos espíritus, que hasta aquí no supongo sino posibles. Si existen y tienen algun comercio con nosotros, será obrando sobre los órganos de nuestros cuerpos. ¿Pero sobre qué órganos? No encuentro razon alguna para negar que pueden obrar sobre el sistema de órganos que llamamos cerebro, y sobre el sistema nervioso, por el que se comunican al alma las sensaciones. Pero ¿cómo obran sobre estos sistemas? ¿Cómo he de entrometerme á responder á esta pregunta, yo que ignoro como obra mi alma sobre mi cuerpo? Aquí vamos hablando hasta ahora de posibilidades. Contentémonos con sa-

ber que si mi alma inmaterial obra en mi cuerpo material, podrán muy bien obrar otros espíritus sobre él: si mi cuerpo excitado por los objetos externos, ó agitado con movimientos intestinos, obra sobre mi alma: este mismo cuerpo excitado por aquellos espíritus podrá igualmente obrar sobre ella; aunque el alma no puede discernir por sentido íntimo en la impresion que recibe del órgano, si es este movido por objeto externo ó por otro órgano, ó es movido por un espíritu.

Leyes que observan en su accion sobre estos.

5. Adelantemos algo mas para investigar las leyes que observan así estos espíritus, cuando obran sobre nuestros órganos interiores, como estos para comunicar al alma las impresiones que de aquellos reciben. De lo dicho se infiere primero, que ignoramos las leyes que guardan esos espíritus en su accion sobre nuestros órganos; y segundo que las leyes con que se comunican al alma por los órganos de su cuerpo las impresiones que en ellos hacen esos espíritus, son las mismas que observan dichos órganos para comunicarle las impresiones que reciben de los objetos externos. Es ley constante del comer-

cio que hay entre el alma y el cuerpo, que no puede este comunicarle á aquella otras impresiones que las que ha recibido por los sentidos, y cada sentido guarda rigurosamente esta ley, por manera que, ni los órganos de la vista pueden comunicarle al alma sonidos; ni el del olfato, v. g., puede comunicarle sensacion del aroma del azahar, antes que esta flor se haya presentado á la nariz. Pues á ese modo estos espíritus, acomodándose á esta ley, no comunican á los órganos impresiones de objetos que no han obrado sobre alguno de los cinco sentidos exteriores, ni por consiguiente excitan en el alma sensacion que no haya recibido alguna vez por la accion inmediata del objeto á que corresponde. Es otra ley constante del comercio del alma con el cuerpo, que, hallándose este sano y en su estado natural, ninguna impresion puede hacer en el alma capaz de sojuzgar completamente su libertad. Pueden ofrecerle los sentidos sensaciones de olor, de sabor de otros objetos: pero si no hay lesion en los órganos, siempre le queda al alma libertad para llevar su atencion de unos á otros, sin atender para esto á la mayor ó menor intension con que estos ó aquellos obran sobre ella. Podrán del mismo modo los espíritus producir en

los órganos movimientos correspondientes á los que estos han recibido de los objetos exteriores; pero estas excitaciones no comprometerán su libre albedrío. Si se me citasen algunos casos contrarios á estas leyes, diría que son excepciones de ellas que no las destruyen: diría por tanto que eran milagrosos: diría que no intento tratar de milagros y menos de explicar el cómo se hacen: diría, finalmente, que es peligrosísimo á la sana razón no menos que á las buenas costumbres suponer fáciles y frecuentes excepciones de esta naturaleza.

En qué consiste esta acción sobre el cerebro.

6. ¿Qué es, pues, lo que pueden hacer estos espíritus en el sistema cerebral, ó en aquella máquina que sirve al alma para excitar en ella las sensaciones é ideas de los objetos ausentes? Está máquina y los órganos de que consta, por las impresiones que ha recibido de los nervios de los sentidos, movidos por los objetos exteriores, ha adquirido cierta facilidad para excitar de nuevo en el alma las sensaciones y las ideas de esos mismos objetos, aun cuando no obren actualmente estos sobre los sentidos. Y no solo esto, sino que por la conexión natural que estos objetos

tienen unos con otros, ó por el enlace que la casualidad ó el hábito han formado entre ellos, si el movimiento *a*, por ejemplo, se llega á reproducir en el órgano del cerebro, este movimiento se comunica á los órganos inmediatos á él, que están acostumbrados á moverse en virtud de la impulsión *a*, y reproducen en el alma una serie de ideas cual la produjeron las primeras veces que se excitó en el órgano el movimiento *a*, y con él estos otros movimientos, como explicamos hablando de la memoria. Finalmente, la imaginación y la fantasía son también facultades subordinadas á la memoria, que se exaltan ó debilitan según los diferentes estados de la máquina del cerebro. Pues aquellos espíritus obrando en este sistema de órganos pueden primero excitar en él el movimiento que corresponde á cierta sensación ó idea, cuyo objeto excitó antes en el alma con su presencia esa idea ó sensación. Como en aquel sistema de órganos no hay movimiento que podamos llamar aislado, sino que todos están más ó menos enlazados con otros, ó por la conexión natural que tienen unos con otros los objetos á que corresponden, como decíamos, ó por los enlaces que la casualidad ó el hábito ha formado entre ellos;

de donde nace la facilidad mayor ó menor que ha adquirido el órgano *a*, v. g., para moverse en virtud del movimiento *b*, excitado en el órgano *c*: pueden estos espíritus ó debilitar ó avivar estos enlaces entorpeciendo ó aumentando la facilidad que han contraído los órganos para comunicarse recíprocamente sus movimientos, y hacer de este modo que entre tres series de movimientos que puede excitar con igual facilidad un primer movimiento de un órgano, se excite el tercero, por ejemplo, y no el primero ni el segundo. Aun pueden hacer mas, y es lo tercero, á saber; imprimir en los órganos del cerebro tal actividad y viveza, que con sus movimientos exciten en el alma las ideas de los objetos ausentes, con tanta y acaso con mas fuerza que si estuvieran obrando en los sentidos exteriores. La experiencia nos hace ver que el vino y otras muchas causas materiales, así externas como internas, producen estos efectos en el cerebro: ¿por qué no podrán producirlos estos espíritus que vamos suponiendo como posibles?

Y sobre los nervios.

7. Mas no solo pueden obrar del mo-

do que hemos dicho estos espíritus en el sistema orgánico del cerebro, sino en el de los nervios: y obrando sobre él, ¡cuanto influjo no podrán tener sobre las operaciones de nuestra alma! En el sistema nervioso suponen los anatómicos un fluido sutilísimo (cuya naturaleza no se atreven á determinar) que es el móvil ó la causa de los fenómenos que se advierten en él: fluido muy análogo al que anima, segun os dije, la organizacion cerebral: y fluido que podemos considerar como sustancia intermedia entre lo inmaterial y la materia. Fluido por tanto proporcionado para recibir impresiones de aquellos espíritus como las recibe de nuestra alma. Obrando sobre este finísimo vehículo de las sensaciones, causador inmediato de aquellas alteraciones y sentimientos del ánimo que llamamos *pasiones*, y asiento en que residen muchas enfermedades y aun las mas oscuras y pertinaces: pueden sin duda estos espíritus producir todos estos efectos en el alma: excitar sensaciones, pasiones, causar aquellas enfermedades que se sabe ser efectos del desorden y trastornos del sistema nervioso, como suelen ser muchas especies de manías y demencias y frenesías. Solo con avivar ó aflojar la accion de este sistema, ó con acu-

mular mayor accion del mismo sobre este ú otro punto de nuestra máquina, debilitando la que ejerce sobre los otros á que se extiende; basta para producir los efectos insinuados.

La tradicion y consentimiento del género humano suponen efectiva esta accion.

8. Ciertos fenómenos raros y extraordinarios, que nos ofrece la historia del espíritu humano, hicieron ya sospechar desde los tiempos mas remotos á los hombres de todos los países la existencia de ciertos seres subalternos subordinados al Ser Supremo, que gobernando bajo su direccion las cosas sublunares, influian en los ánimos de los hombres. Pudo nacer esta opinion antiquísima y general de una tradicion primitiva, cuyo origen se encuentra en la misma aurora de la creacion: pero esta tradicion se halla muy confusa y desfigurada á poca distancia de su principio. Ella solo enseñaba que existian espíritus superiores al hombre, criados por Dios, de los cuales los unos permaneciendo subordinados á su Hacedor, eran ministros suyos encargados de ejecutar sus órdenes, y especialmente de auxiliar á los hombres para conseguir su felicidad: pero otros re-

beldes y malignos se oponian á las miras benéficas del Criador, y en cuanto les era dado trabajaban por destruir sus obras, y principalmente se ocupaban en pervertir á los hombres para hacerlos cómplices de su rebelion y compañeros de su desgracia. Esto solo enseñaba la tradicion; pero la ignorancia y el miedo del hombre hizo de esta doctrina el fundamento de todos los errores groseros en que vemos sumergidas á las naciones en los tiempos heroicos. Nosotros, para formarnos ideas exactas acerca de esta accion é influjo de los espíritus superiores sobre los hombres, debemos consultar la autoridad infalible del mismo Dios. Y he aquí lo que nos enseña esta autoridad.

Que nos enseña la religion acerca de ella.

9. Dios, que no tuvo otro fin que á sí mismo en la creacion del universo, quiso manifestar en él sus soberanos atributos á las criaturas capaces de conocerlos, y derramar sobre ellas sus beneficios ostentando su incomprendible liberalidad y magnificencia. Pero no todas participan igualmente de sus dones y gracias: entre ellas hay algunas privilegiadas por su bondad que forman la porcion mas pre-

ciosa á sus ojos, y son sus escogidos. Habia permitido la caída de los ángeles malos y del primer hombre, prefiriendo usar de los males que han sido consecuencias de aquellas desgracias para la ejecución de sus planes de bondad y de misericordia. A consecuencia de esta medida y de sus resultados, se halla el hombre constituido entre dos caminos ó atraído por dos fuerzas contrarias que obran sobre su voluntad; de estas unas residen dentro del mismo hombre, y son aquellas dos leyes de la carne y del espíritu, ó es la razón de una parte, y de otra las pasiones. Fuera de sí el mundo, esto es, los hombres, lo impelen tambien en direcciones opuestas los malos y los buenos: de estos recibe ejemplo, doctrina, premios y penas con que lo inclinan á seguir el bien: aquellos lo arrastran á lo malo con sus corrompidos ejemplos y discursos, persiguiendo y burlándose de sus virtudes, y celebrando y premiando sus vicios. A estas dos palestras de combates y lucha vienen á mezclar sus esfuerzos como tropas auxiliares, aunque de superior fuerza y habilidad, los ángeles y los demonios: aquellos para sostener al hombre, harto débil ya de suyo, á consecuencia de la primera caída, y pelear con él y animarlo y fortalecerlo en

los continuos combates que sostiene, á fin de que no se deje rendir ni engañar, ni por la concupiscencia ni por el mundo. Y estos por el contrario, poniéndose de parte de estos enemigos de su felicidad, acrecientan sus fuerzas de mil maneras ocultas y astutas: preparan emboscadas: se aprovechan del mas leve descuido: combinan pasiones con pasiones, ó las hacen luchar unas con otras, y aun á veces falsean las mismas armas de sus contrarios, y disfrazados con el uniforme de la virtud, logran por sorpresa apoderarse de la voluntad.

Orden que se observá en esta accion.

10. Mas no creamos que este campo de batalla esté abandonado á la casualidad, y que los varios sucesos de esta guerra continua sean efectos solamente de la pericia de la tropa, de su valor, y de la habilidad de los generales, ó de su fortuna: si así fuese, todo seria desorden, confusion y desastres sin término, ni resultaria otra cosa que funestas desgracias, y la ruina entera de la obra de un Dios omnipotente y bueno. En manos de este Señor están las riendas del gobierno del mundo, como decia Homero: del mundo espiritual,

como las del mundo material; y así como ha combinado sapientísimamente las fuerzas físicas contrarias, de cuya acción resulta la armonía del universo visible, dando á las partes de la materia la fuerza de cohesión con que permanecen unidas formando masas firmes y sólidas; y al calórico la fuerza expansiva con la que dilata los cuerpos sin destruirlos: del mismo modo combina la fuerza de su gracia con los ímpetus de la concupiscencia, y la firmeza de los buenos con la obstinación de los malos; y él es, finalmente, quien comunica sus órdenes á los ángeles para que auxilién al hombre, y permite á los demonios que los ataquen; pero señalándoles siempre la esfera de su actividad, y circunscribiéndoles, como al mar los linderos, hasta donde sus avanzadas puedan adelantarse. Por manera que todo este admirable juego de armas en que combate el mal con el bien, distribuido en tres campañas, la primera que acabó con la ruina y derrota del primer hombre, la segunda que terminó en la victoria de Jesucristo resucitado, y la tercera que dura desde entonces, y durará hasta que se acaben los siglos: todas estas campañas se hacen en virtud de un plan combinado por la Providencia, por tan

admirable manera, que ni se violenta en un punto la libertad del hombre, ni se separan jamas unas ni otras tropas de las disposiciones de aquel Supremo Emperador, ni sucede un incidente, aun el mas leve, que no esté prevenido en el plan general. Así es como de combate en combate, y de triunfo en triunfo, conduce al ejército de sus escogidos por la carrera de los siglos; y sacándolos vencedores de sí mismos, del mundo y del demonio, les ofrece la corona inmarcescible de gloria que no merecerian sin triunfos, y les proporciona triunfos que no hubieran conseguido sin sostener combates.

Mezcla y choque de la acción de los cuerpos y la de estos espíritus.

II. Es oficio propio del filósofo cristiano avenir todo esto, que nos enseña la fe, con lo que nos da á conocer la razón acerca de este influjo de unos y otros espíritus sobre el nuestro: y para eso he procurado antes poner á la vista la posibilidad de que existan semejantes espíritus, y la de su acción sobre el nuestro, y los efectos que pueden producir en él; á fin de hacer ahora las aplicaciones oportunas procurando explicar filosóficamente eso

mismo que me dice la fe, que sucede entre esos espíritus y mi alma. Para entenderlo mas fácilmente, consideremos un órgano que da diferentes sonidos segun las teclas distintas que se pisan en el teclado: pero en este teclado juegan á un mismo tiempo dos músicos combinando unas veces su accion entre ambos, y otras tocando por diversos rumbos: de donde nacen admirables consonancias ó feas disonancias en el instrumento. El alma es este órgano, y su teclado es la máquina del cerebro, y en este teclado juegan dos músicos ó dos clases de agentes: el mundo visible por medio de los órganos de los sentidos, y los espíritus invisibles por medio de aquel fluido que anima esta máquina cerebral, en el que obran, bien sea inmediatamente, ó bien por medio del cuerpo sutilísimo de que estén revestidos, pero sin comprometer su libertad, como advertí antes. En el cerebro, pues, excitan estos, así los buenos como los malos, memoria de objetos ausentes: agolpan series de movimientos para acalorar la memoria de estos objetos, presentándolos acompañados de aquellas accesorias que contribuyen á hacerlos agradables, ó desagradables á la voluntad: imprimen ó suavidad ó dureza á estos movimientos para que exci-

ten ó placer ó dolor en el alma: tapan ciertos registros, destapan otros; y aun jugando sobre los nervios, producen acciones y reacciones de parte de otros sistemas de órganos del cuerpo humano para comunicar mayor energía á los movimientos del cerebro, que intentan hacer exclusivos y dominantes. Finalmente, consiguen producir excitaciones en el cerebro, tanto ó mas fuertes que las que causan los objetos exteriores por el conducto de los sentidos. En lo cual unas veces van de acuerdo con ellos, y otras disparatados, resultando de aquí miles fenómenos en el alma. Así es como excitan deseos, fomentan pasiones, ocasionan engaños, y disponen al alma para que oponga placeres á placeres, dolores á dolores, y se haga superior aun á las impresiones de su mismo cuerpo, ó sucumba á ellas.

Resultado de esta lucha en el alma.

12. ¡Alma desventurada! Combatida á un mismo tiempo por tantas fuerzas contrarias y discordes, ella es el centro al que se dirigen todos los tiros, y la voluntad es la Diosa por la que pelean troyanos y griegos; el campo de batalla es el